

# *Los grandes planes de Ashley*

NARRADORA: DAWN M. HUTCHISON

ASHLEY, UNA NIÑA DE SIETE AÑOS, MIRABA DESDE LA VENTANA de su cuarto a un hombre blanco de gran estatura, con una gorra de béisbol, que medía el solar yermo que estaba frente a su apartamento. Pensó que sería mejor tener una conversación con él. Probablemente él no lo sabía, pero ella tenía grandes planes para ese espacio. Se puso su mono azul y rojo y salió correteando escaleras abajo, sacudiendo las trenzas, y pasó por su madre y su hermanito como una flecha rumbo a la calle.

La gente del barrio había estado observando a Darell Hammond toda la mañana desde las ventanas de sus apartamentos. Algunos incluso se habían acercado para mirar más de cerca lo que hacía. Pero Ashley fue la primera en hablar con él: «¿Ha venido para hacer el parque infantil?», preguntó. «Un parque infantil, ¡que buena idea!», dijo Darell, sonriendo. ¿Cómo podría ella saberlo?, pensó él para sí.

«Me llamo Ashley —dijo ella—. ¡He estado rezando por un parque infantil y tengo grandes planes para él!». «¿Cuáles son exactamente tus planes?», preguntó Darell. Ashley volvió corriendo a su apartamento y regresó con un montón de dibujos. Para entonces, otros niños habían comenzado a reunirse. Darell miró los dibujos de Ashley y escuchó a los niños del barrio. Al parecer todos tenían grandes ideas: «Un dinosaurio que se pueda montar», dijo uno. «Un barco grande», dijo otro.

Darell miró a su alrededor: un terreno seco, polvoriento y desnudo. Él apenas podía imaginarse en lo que pasaba allí por las noches. Y tenía razón: el complejo de viviendas del Sudoeste de Washington, D.C. tenía un mantenimiento muy deficiente. La vecindad era famosa sobre todo por su pobreza y su nivel de delincuencia. El solar se convertía de noche en un criadero de actividades ilícitas: drogas, pandillas, violencia.

Darell enseguida simpatizó con Ashley. Le hacía acordarse de sí mismo cuando tenía su edad. Él había vivido en un orfanato, con sus ocho hermanos y hermanas, y también era un soñador: siempre imaginando modos de hacer un mundo mejor par los niños como él. Ahora, a los 24 años, tenía una idea para transformar este lugar.

Una semana después, regresó. Esta vez la madre de Ashley y unas vecinas, las Señoritas Marshal y Law, salieron a conversar con él. Les comentó a las mujeres acerca del sueño de Ashley y de cómo él quería ayudar a que se hiciera realidad. «Pero va a llevar mucho más que imaginación», les dijo, si bien eso era una declaración en extremo modesta. «De hecho, se necesitará más de cien voluntarios y alrededor de \$40.000», agregó Darell, mientras la madre de Ashley lo miraba con incredulidad.

No había mucho más de cien adultos viviendo en todo el complejo y muchos de ellos eran madres solteras que disponían de poco tiempo libre. En cuanto a los \$40.000, bueno, simplemente habría de ocurrir un milagro. Darell entendía las preocupaciones de la madre de Ashley, habiéndolos oído de boca de otros padres en otros complejos de vivienda. Pero él sabía que ellos podían hacerlo, y les habló de cómo otros vecindarios se habían unido y habían logrado lo imposible.

Las madres no estaban seguras de cómo iban a hacer para lograrlo, pero los niños querían intentarlo. Incluso los niños querían hacer su parte. «¡Yo ayudaré, Darell!», exclamó Ashley, mientras desaparecía con una cola de chiquillos que la seguían en busca de cien adultos.

Y su esfuerzo se vio recompensado. Una semana después, la reunión de la comunidad estaba tan repleta que los niños tuvieron que reunirse afuera. Con papel y crayones, los chicos hicieron aún más dibujos de sus ideas para el parque infantil. Dentro, los adultos conversaban animadamente. Al poco tiempo, las iglesias, las tiendas de víveres e incluso las gasolineras de la localidad tenían carteles avisándole a la comunidad del proyecto del parque infantil. Ashley y los otros chicos hicieron una campaña para recaudar dinero.

Pero según se acercaba el tiempo de construir el parque infantil, los promotores estaban desesperadamente escasos de fondos. Mucha gente estaba convencida de que el proyecto nunca se llevaría a cabo. «No en este barrio —decían—. Nunca llegarán a recaudar ese dinero ni a conseguir suficientes voluntarios». Después de un tiempo, hasta Darell se sintió descorazonado.

Un día cuando él estaba a punto de darse por vencido, Ashley corrió a su encuentro, casi sin aliento. «¡Darell, ¡recaudamos \$9,97 en centavos esta semana! Con eso se puede comprar algo, ¿verdad? ¿Tal vez un tobogán?» En ese momento, Darell supo que Ashley nunca se daría por vencida. «Sí, Ashley —dijo—, con eso se comprará algo maravilloso», y le puso la gorra de béisbol en su cabecita. Si esta pequeña soñadora no se rendía, él tampoco lo haría.

Fue entonces cuando el destino intervino para tender una mano. Ese mismo día, Darell recibió una llamada de un

aserradero local. ¡Querían donar un camión lleno de madera y cinco otros de virutas para esparcir alrededor del parque infantil! Al día siguiente, otra persona llamó para donar algunos neumáticos viejos. Una mujer de una tienda de pinturas donó la pintura y las brochas. La iglesia se ofreció a hacer desayuno para los voluntarios y enviar a su grupo de jóvenes para que ayudaran. El milagro que la madre de Ashley había pedido comenzaba a materializarse.

En una corrida, el solar yermo estaba lleno de montones de materiales donados y repleto de gente, voluntarios que trabajaron infatigablemente durante cuatro días consecutivos. Al segundo día llovió, pero ellos se mantuvieron construyendo.

Todo el complejo de apartamentos retumbaba con los martillazos, el ruido de las sierras y nubes de aserrín. Era un espectáculo digno de verse. ¡El último día de la construcción hubo casi quinientos voluntarios! Hasta los niños ayudaron. Llenaban carretillas y cubos de virutas de madera, esparciéndola por el vasto terreno del parque. Atornillaron las últimas tuercas del dinosaurio hecho de gomas de automóviles y colgaron las gomas que servirían de columpios.

Cuando el trabajo estuvo terminado, la mamá de Ashley y los otros vecinos se detuvieron a mirar con asombro. El parque infantil de la comunidad estaba finalmente terminado; construido para los niños. La Srta. Marshall simplemente hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, al tiempo que decía calladamente: «Nunca lo hubiera imaginado...». Pero Ashley no se sorprendió. «Darell y yo... siempre supimos», dijo ella con confianza, mientras contemplaba el tobogán de 24 pies. «Nosotros dos teníamos grandes planes».

*Los adultos necesitan a los niños en sus vidas  
para conservar fresca la imaginación  
y sus corazones jóvenes,  
y para hacer del futuro una realidad  
por la cual ellos estén dispuestos a trabajar.*

MARGARET MEAD

Éste fue el primer parque infantil construido en sociedad entre Darell Hammond y Dawn Hutchison, quien prosiguió para ser cofundador de **KaBOOM!**, una organización nacional sin fines de lucro. KaBOOM! invita a individuos, organizaciones y empresas a unirse para crear lugares accesibles, seguros y en extremo necesarios para que los niños jueguen. A través de este empeño en equipo, KaBOOM! ayuda a las comunidades a crear un modelo de asociación que logra cambios positivos y duraderos en vecindarios de toda la nación. Para más información, llame al 888-789-PLAY.